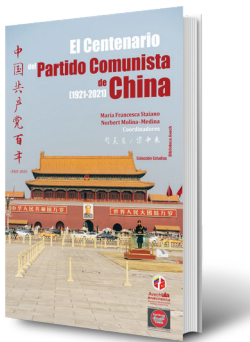


Reseñas

María Francesca Staiano y Norbert Molina Medina (Coord.). *El Centenario del Partido Comunista de China (1921-2021)*. Mérida, Centro de Estudios de África, Asia y Diásporas Latinoamericanas y Caribeñas “José Manuel Briceño Monzillo” – Asociación Venezolana de Estudios sobre China (ULA), Centro de Estudios Chinos – Instituto de Relaciones Internacionales (UNLP), 2021, 596 pp.

MIGUEL ÁNGEL URREGO

Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo



Se trata de la obra más completa escrita en América Latina a propósito del centenario del Partido Comunista de China (PCCH) y de su relación con la presencia de esta nación en el escenario mundial. Es completa por cubrir desde la fundación del Partido hasta el momento presente y por tratar de considerar diversos aspectos como la lucha por el poder, las diversas etapas de la historia de China, las relaciones internacionales, los intercambios comerciales, etcétera. Para que tan magna tarea fuese posible se recurrió a la colaboración de 19 especialistas en China y el respaldo de centros de estudios de Venezuela y Argentina. El libro es resultado de la acción de los nuevos grupos de sinólogos que recientemente se han conformado en América Latina y que se constituyen en el marco de las crecientes relaciones diplomáticas y culturales, la importancia planetaria que ha adquirido China y en no pocos casos moda intelectual. Evidentemente la naturaleza

del texto nos permite afirmar que es resultado de un trabajo minucioso, paciente y serio.

Una segunda característica de la obra es que se reflexiona desde América Latina y por ello se incluyen diversos estudios específicos sobre procesos nacionales, especialmente de países como Uruguay, Argentina y Venezuela. Por supuesto, no todos los artículos se pueden evaluar por cuestiones de espacio y, por ello, haremos una serie de comentarios generales y nos detendremos especialmente en los artículos que guardan relación con América Latina. Como pretendemos elaborar una reseña crítica nos detendremos más en los aspectos que consideramos pueden generar debates.

Tal como lo señalan los compiladores en la introducción, se trata de un estudio polémico. Las razones son muchas, entre ellas la complejidad del tema estudiado, las limitaciones en el acceso a fuentes, la valoración del periodo maoísta, las consideraciones en torno al legado de Deng Xiaoping y un largo etcétera. Hay que decir, sin embargo, que en libro predomina la versión oficial del Partido Comunista de China sobre la historia, especialmente en la valoración del periodo maoísta, la “modernización” impulsada por Deng y las ulteriores adecuaciones hechas hasta llegar al momento presente de un socialismo con características chinas para una nueva era. En otras palabras, se acepta el autorelato de los propios chinos, se parte del hecho de que lo que dicen es verdad. Por ejemplo, acepta como cierto: “en la actualidad el modelo de cooperación se asocia al de gobernanza global humanista. El objetivo de construir una Comunidad de destino compartido para la humanidad abarca todos los niveles de cooperación: hacer que la autonomía y el desarrollo de todos los países sean viables, considerándolo elemento fundamental de un nuevo orden jurídico en su doble aspecto interno e internacional” (436).

Este mismo principio gobierna las referencias al periodo de Deng Xiaoping. Como se sabe, el PCCCH ha condenado dos experiencias maoístas: el Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural Proletaria y las ha catalogado como excesos y graves errores. El otro lado de la versión oficial es la exaltación extrema del legado de Deng Xiaoping. Este líder es considerado un parte aguas en la historia reciente de China, corrector de los excesos maoístas y cabeza visible de la modernización de esta nación y por ello en el libro que reseñamos se le cataloga permanentemente como un “estadista excepcional”. A lo largo del texto encontramos afirmaciones como: “La China de Xi Jinping es la culminación de la política de “bajo perfil” de Deng Xiaoping” (347) y muchísimas menciones a este dirigente chino como el artífice, repetimos, de la modernización y la superación de la etapa ideologizada de Mao.

Lo paradójico es que es esta valoración coincide también con la versión de la historiografía y la ciencia política estadounidense para quien Deng representa la modernización y el abandono del dogmatismo marxista. Tal versión igualmente ha venido estimulando las interpretaciones anticomunistas que se amparan en la condena oficial, tal como es evidente en los trabajos de Frank Dikötter, especialmente en *La Gran Hambruna de Mao: La Historia de la Catástrofe más Devastadora de toda China, 1958–1962* (2010); *La Tragedia de la Liberación: Historia de la Revolución Comunista, 1945–1957* (2013); y *La Revolución Cultural: la historia de un Pueblo, 1962–1976* (2016), textos en los que se alternan exageraciones, uso de fuentes primarias, prejuicios ideológicos y, por supuesto, la versión oficial del PCCH.

No obstante, es necesario resaltar que no todos los historiadores coinciden con esta almidonada versión oficial, pues dentro y fuera de China muchos consideran el momento de las reformas como el de la restauración capitalista y origen del enorme apetito imperial por materias primas que hoy domina la política exterior china y que genera en diversos países reacciones a los acuerdos comerciales, como entre los ambientalistas en Argentina. La pregunta que se hacen muchos investigadores recientemente es si las condiciones impuestas por los préstamos y las cláusulas con las que se lleva a cabo el comercio realmente difieren de lo impuesto por organismos internacionales tradicionalmente presentes en América Latina y si lo que se hace con el fomento a las actividades de, por ejemplo, granjas porcinas en diversos países no es más que alejar el impacto ambiental de China y alojarlo en otros países, especialmente en los del Tercer Mundo. Recordemos que existe una serie de denuncias por parte de los ecologistas en Estados Unidos e igualmente en Argentina sobre el funcionamiento de este tipo de establecimientos.

Una tercera idea polémica en torno a la valoración del desarrollo chino es si este modelo de progreso a lo occidental, con aumento extraordinario de las ciudades, establecimiento de modelos de consumo masivo de la clase media, demanda incontrolada de materias primas y un desbordado impacto ambiental es el modelo ideal de, como se decía en una época, la “civilización socialista”. La amenaza de una crisis por una burbuja financiera, especialmente en el sector de la construcción, se cierne sobre China y es posible que adopte las mismas características que han cimbrado las economías occidentales. La pregunta que se hace a continuación es si este modelo no llevará inevitablemente a China a una pugna interimperialista por los mercados de materias primas y al establecimiento de homogeneidad étnica, política y económica.

Otro aspecto polémico es considerar la retórica de los documentos oficiales y de la política exterior China, la cual está repleta de declaraciones de paz, humanismo, desarrollo compartido y destino común, como “verdad”. Es decir, como si esto fuese realmente lo que está sucediendo. Hay que recordar que la retórica de las potencias coloniales e imperiales ha estado igualmente acompañada de declaraciones en torno a la paz, el desarrollo de los pueblos, el humanismo, etc. Hay muchísimos pasajes en la historia del siglo XX en que tales declaraciones fueron seguidas por invasiones, guerras, asesinatos selectivos y masivos, etc. Así, por ejemplo, las últimas intervenciones militares de Estados Unidos siempre se han hecho en nombre de grandes principios, como en Irak o Afganistán, y el genocidio del pueblo palestino se hace en nombre de la lucha con el terrorismo y el fundamentalismo.

Finalmente, un tema crítico es la manera como se enfrenta a los maoístas al interior de China. Un tema complejo, pues las referencias son escasas debido al limitado margen de acción con el que cuentan las disidencias políticas y especialmente las que reclaman una reorientación del país a partir de la ortodoxia marxista leninista y maoísta.

Como ya señalamos al comienzo, debido a la magnitud del texto y la diversidad de capítulos y autores resulta imposible un comentario detallado de los distintos trabajos, por ello a los señalamientos generales ya hechos queremos sumar en una serie de comentarios un poco más puntuales, particularmente en lo que tiene que ver con América Latina.

Desde el punto de vista metodológico hay aportes significativos como la propuesta del empleo del programa *Sketch Engine* para el análisis del discurso el cual es complementado con el análisis de patrones lingüísticos del corpus trabajado. Tal instrumento permitió estudiar un corpus “de 10 millones de palabras” que facilitó considerar “la gran mayoría de la producción mediática entre los años 1993 y 2019 obtenidos en la base de datos Lexis Nexis.” (349). La intención es proponer una mirada alternativa a “las categorías eurocéntricas de la idea de Estado moderno y mirar a la Guerra Fría y al PCCH a través de un lente sinocéntrico” (355)

Sin embargo, creemos este modelo debe ser contrastados con el proceso real, con el estudio de los acontecimientos mismos. Hay afirmaciones, por ejemplo, que podrían matizarse como la de que la revolución cultural o el pensamiento de Mao tuvieron poco efecto en otras latitudes (357), pues ello no es del todo exacto. Las historias globales del maoísmo han venido demostrando que, por el contrario, el impacto de estos dos acontecimientos fue significativo en el imaginario político mundial, especialmente del *Libro Rojo* de Mao y la Revolución Cultural. Al final nos encontramos en un calle-

jón sin salida: pareciera que los discursos son los que crean la realidad y que no es indispensable considerar los hechos prácticos o los acontecimientos políticos. De esta manera, se coloca todo el poder de interpretación en las asociaciones que establecen los textos, pero sin su relación con los contextos. Ciertamente, el texto puede crear realidades, pero sólo hasta cierto punto, pues son las prácticas de los seres humanos y las fuerzas sociales las determinantes. Por eso, se llegan a conclusiones difíciles de sostener: “De acuerdo con Conelly y Cornejo (1992), la región de América Latina nunca ha tenido importancia estratégica para China, pero sí cierto significado para la política exterior de Pekín.” (358). Lo cual no es cierto, pues China fue uno de los primeros países en reconocer la revolución cubana e instalar embajada en La Habana; había otros espacios privilegiados de la Guerra Fría, como Asia y África, en donde China estuvo presente; hubo una clara intención de los chinos de crear en los años sesenta corrientes maoístas en América Latina y para ello se estimularon los viajeros, hicieron entrega de recursos materiales y económicos y brindaron asesoría política y militar.

En cuanto a la idea de que la Guerra Fría no fue significativa para la comprensión de los chinos habría que matizar tal afirmación, pues la guerra de Corea, la represión contra el Partido Comunista de Indonesia y la creación de la SEATO evidencian que los chinos fueron parte fundamental de este momento histórico. Tales afirmaciones creemos son el defecto de modelos ultra especializados del postestructuralismo y de los modelos estadísticos: se pierden las realidades del momento en aras de las innovaciones metodológicas. De hecho, en otros artículos hay consideraciones distintas y prefieren trabajar con la idea de Guerra Fría global en la que los actores no se reducen a la URSS y a Estados Unidos (398).

Las referencias al cisma comunismo internacional son mínimas, simplemente se dice que China y la URSS divergían en la interpretación de la paz mundial, pero no considera los demás elementos de tal confrontación, especialmente su impacto en los años sesenta. Por otra parte, hay que señalar que la disputa no se originó tras la muerte de Stalin sino que se inició a finales de los años veinte cuando Stalin pretendió la fusión entre el Kuomintang y el PCCH.

Igualmente, la historia del maoísmo latinoamericano no está plenamente considerada en el libro y eso hace perder de vista la política exterior china para América latina en los años sesenta. Adicionalmente para la explicación del período se parte de las consideraciones de Lovell, Conelly y Cornejo, y por ello se afirma: “los maoístas latinoamericanos no lograron obtener éxito en sus intentos por seguir la línea maoísta en sus países debi-

do a su incapacidad en terreno” (363). De igual forma, la influencia de la revolución china aparece limitada al caso de Sendero Luminoso, pero en eso se equivoca Lovell y quienes la siguen, el proceso fue más diverso y, por supuesto, no se redujo al Perú, caso que es, por otra parte, caricaturizado por la conocida historiadora. Finalmente, no se trabaja un hecho trascendental a nuestro juicio en la historia del maoísmo latinoamericano: la mayor parte de las organizaciones se apartaron del proceso impulsado por Deng y desde mediados de los setentas se habla de restauración del capitalismo en China. Creemos que este problema se origina en la apología a Deng como artífice de la nueva China (413) y que no se considera que los chinos a partir de entonces comenzaron a privilegiar el comercio y a abandonar la política. No resulta extraño entonces que varios dictadores formalizaran las relaciones diplomáticas con China o que dicha nación no se pronunciara en contra de la dictadura de Pinochet.

Finalmente, hay comparaciones imposibles de justificar desde el punto de vista teórico, metodológico e historiográfico, en particular la identificación entre Mao y Perón, especialmente cuando se señala que tienen los mismos estilos unipersonales, y que existen muchas similitudes entre el Partido Justicialista y el PCCH (449). Por ejemplo, se llega a sostener: “Tanto a nivel doctrinario personal, sus respectivos líderes exhibieron a través de comunicaciones directas, intermediarios y por medio de escritos, ideas y concepciones similares que, hasta hoy, aúnan posiciones internacionales por parte de ambos países, favorecen la cooperación bilateral en el marco de estrategias Sur-Sur de relacionamiento, aportan legitimidad a reclamaciones soberanas (Malvinas-Taiwán) y sentido a concepciones sobre desarrollo nacional, justicia social y autonomía exterior” (449). Es más, se afirma que hubo simpatías ideológicas y personales entre Mao y Perón (450).

Este punto de vista empobrece a Mao y exalta indebidamente a Perón. ¿Se puede colocar en un mismo nivel el marxismo leninismo y el populismo? ¿Qué nos queda de la ideología como concepto? ¿Perón tuvo una propuesta similar o cercana al Gran Salto Adelante o a la Revolución Cultural? ¿Es posible en un mismo párrafo hablar de concepciones similares de dos dirigentes y de posiciones similares de la política exterior de dos naciones tan diferentes? Creemos que en todos estas interrogantes la respuesta es negativa.

En resumen, se trata de una propuesta muy generosa, con aportes destacables y una obra que difícilmente puede ser comparada. De hecho, los demás centros que estudian China en América Latina no tuvieron una actividad de conmemoración similar. El aspecto más cuestionable del texto

es su apego a la versión oficial de la historia que estableció el propio PCCH. Creemos que es necesario establecer distancia con la retórica establecida y abogar por un permanente cuestionamiento de lo dicho y lo hecho.